

corazón. De ese principio proceden el fervor, el calor y entusiasmo que comunican fuerza y expresión á nuestros sentimientos. Precisamente los conocimientos religiosos y las decisiones de la voluntad son lo que, gracias á la eficacia de su objeto, penetran toda la vida del sentimiento, y ahí hallan grandes impedimentos ó poderosos auxilios. ¡Cuántas veces va delante el corazón, con su poderosa eficacia, allí donde el pensamiento se detiene! ¡Cuántas veces anticipa por sí los más decisivos resultados en la vida! En suma: el corazón es el más próximo sujeto de la vida humana. Síguese de aquí, que su educación y ennoblecimiento pertenecen á la Religión, no sólo como consecuencia del estado religioso de la voluntad, sino también como deber. Esto significa la forma y manera con que el Evangelio expresa "el primer mandamiento", el mandamiento del amor. Presente está entre los católicos la *devoción al Corazón de Jesús*, que cuida solícitamente de esta parte de la vida y que forma el corazón.

La religión hace el bien de nuestro corazón no con movimientos de entusiasmo, sensibilidad ó fanatismo, sino por la solicitud del ánimo verdaderamente religioso, esto es, de aquellos movimientos del ánimo que corresponden á las resoluciones de la voluntad dirigidas á Dios y á las cosas divinas; además, poniendo freno á los diferentes afectos (sentimiento de sí mismo, dignidad, tranquilidad é intranquilidad del ánimo, vergüenza, arrepentimiento, ternura, entusiasmo, amor y compasión, deseo, aborrecimiento, tristeza, confianza, desesperación, valor y temor, cólera é indiferencia, etcétera), así como á las diferentes pasiones y movimientos, según la medida de la verdad religiosa, se mantiene el hombre dentro de los justos límites y se esfuerza á cumplir la voluntad de Dios.

No necesitamos detenernos en explicar la diferencia fundamental que separa á la religión moderna del sentimiento de este nuestro sentimiento religioso, cuya raíz es el conocimiento de la verdad, al cual se subordina la voluntad dirigida por el mismo conocimiento.

746. Mas todavía sería incompleta nuestra exposición del concepto de religión, si no dedicáramos algunas palabras á un quinto y último elemento, sin el cual la religión sería defectuosa. La religión, como consagración obligatoria de *todo* el hombre á Dios, debe comprender al hombre *exterior*, al hombre *social*, pues no puede imaginarse una verdadera religión, propia de hombres, que no busque y halle su expresión correspondiente aun en los ejercicios del culto externo. Así como las varias necesidades y disposiciones profanas del hombre conducen necesariamente á una institución ó forma externa, que es el Estado, así con la misma necesidad natural germina la religión en una forma externa social en el

seno de la Iglesia. Es por otra parte innegable que no sólo la conducta externa de cada uno, sino también las instituciones sociales ejercen poderosa influencia en la manera íntima de ser de los hombres. Este influjo está dirigido en el orden natural á procurar al hombre un auxilio suficiente para que viva de un modo ordenado. Esto mismo se puede aplicar á la religión. La religión no puede encerrarse en la vida interior marcando linderos con la vida social y externa sin dar en un abismo de aflicción. Una religión interior sin religión externa y social es contra la naturaleza y no puede subsistir mucho tiempo.

La religión en su pleno desarrollo debe, pues, abarcar á todo el hombre. Su centro es la voluntad, en cuanto la voluntad excita é impera la consagración á Dios, y así da empleo á todas las facultades. El conocimiento da á la religión su objeto, el corazón le forma su morada, y en el "culto externo", halla ella su expresión natural, su apoyo y su símbolo. Por consiguiente, la religión es perfectamente una, por cuanto las facultades todas tienen su raíz en una sola esencia del alma, y se dirigen á un sólo objeto, que es Dios.

747. Esta es la religión en el sentido tradicional y verdadero de la palabra.

Aunque con trabajo, todavía es posible hallar en la religión de la cultura moderna algún resto desfigurado de la verdadera religión. En este punto nos parece la época moderna en su pobreza y miseria semejante al hijo pródigo cuando estaba guardando cerdos, que conservaba algún pedazo de sus anteriores vestidos, por el cual á duras penas podía ser discernido de aquellos animales.

La religión moderna es lo contrario de la religión verdadera; sólo se ha conservado el nombre para ocultar debajo de él la rebelión contra Dios. Aquí vemos el profundo abismo que separa del Cristianismo á los tiempos modernos; sobre este abismo no hay ninguna mano amiga que procure la reconciliación, pues desaparece el punto fijo á que se debería asir. Lo cual nos muestra que el cristiano, si quiere seguir siendo cristiano, debe rechazar incondicionalmente la religión moderna con todo lo que la época ha fundado en ella, como la supresión de la confesión, la indiferencia en materias religiosas, la llamada "tolerancia", la libertad de cultos, y todas, como quiera que se llamen, estas falsas mercancías. Los conceptos que respectivamente suponen, son entre sí diferentes hasta en sus raíces más profundas.

La religión de los amigos de la cultura moderna es cierta manera de apariencia de justicia, una máscara que oculta un verdadero fariseísmo, un orgullo y una inmoralidad sin límites, un sepulcro blanqueado que encierra la podredumbre de una vida sin

religión ni moralidad. Dejemos pronunciar el juicio acerca de estos fariseos á Aquél que mostró su aborrecimiento á las máscaras religiosas, llamándolos: "serpientes y viboreznos.". El fariseísmo ilustrado de nuestra época, con su abigarrada religiosidad, nos trae, sin quererlo nosotros, á la memoria el dicho del P. Roh: "No; más vale ir á los infiernos en coche, que ser hipócritas.."

Vivimos en una época crítica y disputadora, y todas las cuestiones que la generación actual mantiene con febril excitación, vienen á reducirse á una sola, la cuestión religiosa. Nuestra época ha renunciado al concepto cristiano de Dios; esta es la razón por la cual va oculto entre los progresos materiales, con todos los bienes ideales de la humanidad, el desorden más abigarrado, y cada vez mayor, hasta un punto cuyas consecuencias nadie puede prever. La única cuestión es, y será, si el hijo pródigo se resuelve ó no á volver á la casa paterna, y caso de resolverse, cuando volverá. Cuanto más pronto, tanto mejor; cuanto más tarde, tanto peor para él.

OJEADA RETROSPECTIVA

745. Hemos tenido varias veces ocasión de observar, durante el curso de nuestro largo trabajo, cuánto les cuesta á los investigadores de las fuerzas naturales sorprender á la naturaleza sus secretos. De todo corazón reconocemos las luchas y adelantos de las ciencias naturales.

También hemos tenido ocasión de convencernos de que la ciencia de la naturaleza, en ninguno de los puntos en que nos da alguna profunda explicación del mundo y algún concepto de la vida, deja ver ni aun la más leve huella de oposición entre sus conclusiones y aquellas verdades íntimamente relacionadas con las verdades cristianas.

Si algunos sabios han levantado la bandera de la Filosofía en el campo de la naturaleza, y nos han mostrado en grandes rasgos un monismo científico-natural, esta conducta puede, en cierto modo, justificarse, porque es necesidad natural del hombre elevarse con el pensamiento sobre los fenómenos sensibles para representarse las últimas razones de las cosas como la norma de su vida práctica. Pero juntamente hay aquí un error de funestas consecuencias y un abuso criminal, porque estos hombres no se guían por la razón, sino se dejan llevar de la fantasía mal dirigida por la voluntad, haciendo prevalecer, en medio de un ruido ensordece-

dor, doctrinas que parecen científicas, pero que son enteramente injustificadas, las cuales ellos las han respirado en una atmósfera de odio contra Dios, procurando implantar—permítansenos la frase—en el repugnante pantano del materialismo, el monismo, fruto el más venenoso de todos los que el espíritu humano revuelto contra Dios ha engendrado en la Filosofía.

Si la mayor parte de los naturalistas procuran poner como cosa ciertamente conocida algo que no está bien demostrado, y no quieren que el dominio científico se extienda sobre el campo de la observación de los sentidos y de la experiencia, esto puede, sin duda alguna, justificarse en cuanto se quiera dar á entender que el hombre racional siempre tiene que atenerse á la realidad. Pero al mismo tiempo este es un error lamentable y muy humillante para el hombre, en cuanto solamente pone como reales los fenómenos que pueden comprobarse con los sentidos. Sólo puede atribuirse á una feliz inconsecuencia que en medio de la atmósfera pestilente de esta doctrina pueda subsistir alguna ciencia, alguna moral, alguna conducta elevada en la vida.

En tercer lugar, si algunos discípulos de la naturaleza tratan de explicar mecánicamente todos los fenómenos naturales, sometiéndolos al cálculo matemático, tienen razón en cuanto en la naturaleza no hay cosa ninguna que suceda sin movimiento regulado en el espacio, y en este concepto cae bajo el dominio de la inteligencia calculadora. Pero yerran creyendo que por esta razón se ha de excluir de la consideración de la naturaleza ó del dominio de la realidad el momento de la teleología, del orden, de la regularidad, de la relación de dependencia de unas cosas respecto de otras. El ciego cantor de la *Iliada* compuso su poema con sílabas que pueden ser cantadas y medidas; pero estas sílabas encierran todo un mundo de conceptos elevados. Así la naturaleza nos muestra en la materia el elemento que puede ser contado y medido; pero en su seno se encierran multitud de formas é ideas con admirable armonía y gradación, que todo lo unen y que indican aquel Principio fundamental que crió todas las cosas como las había antes pensado.

Quando, en cuarto lugar, otros ven por todas partes en la naturaleza fuerzas y leyes, expresan una verdad profunda, pues por doquiera está escrito: *Omnia in mensura et numero et pondere disposuisti*¹. Pero omiten que la fuerza y la ley están unidas en la substancia divisible y multiformemente dividida, la cual en su pluralidad, extensión y variedad, expresa con toda claridad la imperfección y la mutabilidad en este mundo real.

¹ Sap. 11, 21. (Véase el núm. 701.)